

soberana. Ved ahora qué pasa en el portal de Belen. María ha dado á luz un tierno infante, y no obstante que no le vé en dorada cuna, y que pobres pañales cubren sus carnes, á pesar de verle recostado en las pajas, su fé le hace descubrir en él al Dios inmortal que domina sobre todos los reyes de la tierra. Le ve temblando de frio y conoce que tiene poder para gobernar los elementos, y que de sus dedos están pendientes los destinos de todas las criaturas.

Compañera inseparable de aquel Hijo de su amor mas puro, siempre le trató con el mayor respeto, no desconociendo jamás que aunque era su Hijo en tiempo, lo era eternamente del Padre. ¡Pero ay! que fué tan extraordinaria la fé de la Señora, que como dice San Cirilo de Alejandría la hizo ser Reina de la fé. Y la Iglesia atribuye al mérito de la fé de María la destruccion de las heregías (1). Mas á donde debemos observar con mas atencion la firmeza de la fé de María, es en el momento tristísimo sobre toda ponderacion en que se encontró con su Hijo en la calle de la Amargura, cuando iba cargado con el leño de nuestra Redencion, y mas particularmente cuando despues de presenciar el sacrificio permaneció al pié de la Cruz.

Y en efecto, María que deseaba acompañar al Hijo de sus entrañas, al tiempo mismo que los Apóstoles no se atreven á presentarse al público, prueba de que titubeaban en la fé, corre presurosa á abrirse paso por medio de aquellas turbas infernales, y consigue el acercarse al Hijo de sus entrañas. ¡Y qué escena la que se representaba en aquellos momentos! María oia la

(1) *Gaude Maria Virgo, cunctas hærese sola interemisti in universo mundo. Aña. 1. Doct. 3 in Ofi. B. M. V.*

voz de los pregoneros que publicaban la sentencia, voz interrumpida por el ronco eco de las trompetas. Llega á donde está Jesus; le ve caer al suelo agoviado con el peso del Santo Madero; oye los insultos que todos le prodigan, y al verle tan abatido, su fé heroica y firme le hace ver en él al Omnipotente, que puede reducir en un momento á cenizas á todos los que le rodean. Llévase á efecto la crucifixion; Jesus espira en el tormento, despues de haber sufrido las terribles aflicciones de su pasion, y María permanece junto á la Cruz; le vé cadáver, y cree que es el que dá vida á todas las cosas; le considera muerto entre dos ladrones, y cree que es la santidad por esencia: allí, dice á este propósito San Antonino, permanecía María en la fé, que conservó inmutable y firme de la divinidad de Jesucristo (1). ¡Dichosa eres y bienaventurada Virgen María, porque creiste! *Beata quæ credidisti*. ¡Oh quién tuviera una fé tan firme y tan eficaz, tan viva y tan operativa como la vuestra!

¡Qué confusion, señores, el comparar la fé de la Santísima Virgen con la fé que hallamos en muchos cristianos! De nada sirve una fé publicada por los labios, si no tiene sus raices en el corazon. Una fé que carece de obras es una fé muerta, segun nos dice Santiago (2). Por el contrario, mil pasajes del Evangelio nos hacen ver que la fé que obra caridad es gran virtud. ¿Cuántos beneficios nos dispensó el Salvador en premio de esta virtud? Y sabed que si bien la fé es un don de Dios, es tambien virtud: es don de Dios

(1) *Stabat Maria fide elevata, quam de Christi divinitate fixa retinuit.*

(2) *Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa. Jacob. cap. II, v. 17.*

en cuanto es una luz que Dios infunde en el alma, y es virtud en cuanto al ejercicio que de ella hace el alma. Nos referiamos al Evangelio, y deciamos que Jesucristo habia premiado con largueza esta virtud, que le es tan aceptable. Cuando el Salvador seguia al príncipe que le habia rogado fuese con él para estender su mano sobre el cadáver de su hija que acababa de morir, se acercó á él una mujer que padecia flujo de sangre, y le tocó la orla de su vestido, pues tanta era su fé que decia: Si tocase tan solamente su vestido sanaré. ¿Y qué galardón mereció? Que volviéndose á ella el Señor le dijera: «Ten confianza, hija, tu fé te ha sanado.» Y en efecto, la mujer quedó sana desde aquella hora (1). Despues que hubo resucitado á la hija del príncipe, dos ciegos le seguian pidiendo misericordia. El Salvador les dice: ¿Creeis que está en mi poder el daros vista? Y como ellos hubiesen contestado que asi lo creian, tocó sus ojos diciéndoles: Segun vuestra fé os sea hecho, y fueron abiertos sus ojos (2). No obstante que Marta, la hermana de Lázaro, testificaba su fé en el Salvador diciendo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.» Jesucristo antes de efectuar el gran milagro de la resurreccion de Lázaro, quiere probar aun mas la fé de aquella mujer y le dice: «Yo soy la resurreccion y la vida, el que cree en mí, aunque hubiese muerto vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás: ¿crees esto? Y como hubiese contestado: Sí,

(1) At Jesus conversus, et videns eam dixit: Confide filia, fides tua te salvam fecit. Et salva facta est mulier ex illa hora. Math. capitulo IX, v. 32.

(2) ¿Credetis quia hoc possum fecere vobis? Dicunt ei: Ulrike Domine. Tunc tetigit oculos eorum dicens: Secundum fidem vestram fiat vobis. Et aperti sunt oculi eorum. Ibid. v. 28, 29 y 30.

Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, se dispuso Jesucristo á caminar al sepulcro para salvar á Lázaro, desatándole las ligaduras de la muerte (1).» ¡Oh hermosura de la fé, que eres digna de tanto premio!

Habeis visto que la Santísima Virgen María fué bienaventurada por su fé, y que Jesucristo premió esta virtud en todos aquellos en quienes la encontró firme y verdadera. ¿Qué será, pues, de nosotros, si segun nuestra fé nos trata el Señor? Y si esta consideracion confundia á un San Gerónimo, y decia que le llenaba de vergüenza, ¿qué diremos los que estamos á tanta distancia de las virtudes de este Padre? ¿Cómo saldrán en el juicio la mayor parte de los que componen el cristiano pueblo? Porque decidme, mis hermanos, ¿qué es lo que por desgracia observamos continuamente? ¡Ah! que vemos muchos individuos, los cuales se darian por ofendidos si pusiésemos en duda su catolicismo, que protestan ser hombres de fé. Seguidlos: los vereis entrar en el templo, morada de Dios y puerta del cielo, y los vereis en él con poca ó ninguna reverencia, entretenidos en conversaciones profanas, y aun olvidados por entonces de aquellas reglas de urbanidad y política que le harian estar con mayor compostura en casa de cualquier otro individuo de la sociedad. Allí vereis otro, que siendo hijo de la Iglesia, de la que se confiesa súbdito fiel, encuentra en las calles á Dios Sacramentado que sale procesionalmente, ó que en el pecho de su ministro camina á buscar la oveja enferma, y lejos de postrarse

(1) Joan. cap. IX, v. 21 et seq.
Tomo III.

en tierra con la cabeza descubierta para adorarle en espíritu y verdad, le vereis tal vez en la misma postura que se ponian los judíos cuando habiéndole coronado de espinas y colocado la caña en sus manos, le saludaban como á rey de burlas: es decir, hacen una lijera inclinacion, sin tocar con sus rodillas en tierra, y esto mas que por respeto por evitar la crítica de los que le ven. Preguntad, señores, á cada uno de los cristianos si tienen fé, y todos os responderán afirmativamente: «Creemos en Dios y en todo cuanto nos manda creer la santa Iglesia católica nuestra madre.» Pero á pesar de esta fé ¡cuántos tratos ilícitos! ¡cuántas amistades peligrosas! ¡cuánta mala fé en el comercio! ¡cuánto escándalo en toda clase de personas! ¡cuántos vicios! ¡cuánta transgresion á la divina ley! ¿Y de qué servirá la fé á los que obran de tal modo? Yo os responderé que les servirá para su condenacion. Creen, es verdad; pero los demonios creen y tiemblan (1).

Os he hablado del modo tan heróico como la Santísima Virgen practicó la virtud de la fé. Tal vez me repliqueis que no es dable practicar las virtudes en el grado que las practicó la Señora, porque no habeis recibido tantas gracias. La Virgen María es el modelo mas perfecto de las virtudes, y sino la podemos igualar, podemos imitarla. Dirigid vuestra vista á los primeros siglos de la Iglesia, á aquellos tiempos en que se sucedian unas á otras las persecuciones contra el nombre cristiano: allí vereis resplandeciente la fé de los cristianos, y de toda edad, sexo y condiciones, les vereis desafiar los peligros por confesar el nombre

(1) Jacob. cap. II, v. 19.

de Jesucristo: preparábanse las hogueras, las afiladas cuchillas, las parrillas y los demas suplicios cuya vista hacian estremecer á los mismos tiranos: pero los fieles, lejos de intimidarse corrian presurosos á los tormentos para testificar con sus obras la fé que publicaban con sus lábios. ¡Cuán innumerables son los que sellaron la religion con su sangre! Esta sí que es una fé viva, una fé operativa: esta es la fé que agrada á los ojos de Dios, por estar testimoniada por las obras. ¡Qué diferencia entre las épocas de los mártires y la en que vivimos! Nosotros no tenemos tiranos que nos obligen á quemar nuestros inciensos ante los ídolos: no hay quien nos conduzca á los tormentos porque somos profesores del cristianismo. Solo se nos exige que seamos fieles á las promesas que á Dios hicimos al ser regenerados con el agua saludable del Bautismo; solo se nos pide que demos con nuestras obras testimonio de nuestra fé. ¿Y á dónde están estas obras? ¿Cuál es nuestra conducta? ¿Es por ventura la de un creyente ó la de un pagano? Vosotros, metiendo la mano en vuestros pechos podreis conocer si obráis en conformidad con la fé que profesais. Desgracia es del siglo en que vivimos: de todo se duda á pesar de las mas claras demostraciones: cerca de diez y nueve siglos de perpetuidad no es suficiente para que todos conozcan la verdad de la religion: unos dudan de su verdad: otros dicen creer en ella, y con sus obras manifiestan una incredulidad espantosa.

Tened, pues, fé, hermanos míos, pero no sea una fé muerta, sino al contrario, una fé viva y operativa; una fé que os justifique, una fé que os salve. Tened presente lo que nos dice Jesucristo: «El que cree y fuere bautizado se salvará, y el que no crea se conde-»

nará (1).» De tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigénito: para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (2). La fé es menester que sea universal: no basta que creais un solo dogma de la religion, pues si dejais de creer tan solo uno de ellos, una de las verdades reveladas, sereis tan herejes como si todas las negaseis. Nestorio perdió toda su fé negando tan solo la divinidad de Jesucristo. ¿Creeis en Dios? Pues observad sus mandamientos, adoradle en espíritu y en verdad. ¿Creeis que existe la gloria y el infierno, siendo la primera galardón de los buenos, y el segundo castigo del malvado? Pues procurad hacer buenas obras y vivir en justicia y santidad para haceros acreedores á ser un dia participantes de la eterna felicidad del cielo. Huid de la reunion de los incrédulos, no os contamineis con ellos, y las impías doctrinas que desgraciadamente cunden en la sociedad, produciendo frutos de maldicion. Sed en suma hombres de fé, y de una fé práctica, demostrada por vuestras buenas obras.

En la Santísima Virgen tenemos el mas perfecto modelo. ¿No os gloriais de ser sus especiales devotos? ¿No teneis en esa purísima Señora fundadas vuestras esperanzas? ¿No esperais alcanzar por su proteccion los auxilios de Dios? Pues ya lo oisteis ayer: María no acepta la devocion que no va fundada sobre el cumplimiento de la ley de su santísimo Hijo: sin fé no podremos ser cumplidores de ella: si hasta aquí hemos tenido una fé muerta porque nos hemos entregado á

(1) Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit condemnabitur. Marc. cap. XVI, v. 16.

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam. Joan. III, v. 16.

los placeres mundanales, lloremos nuestros pecados y ofrezcamos á nuestro Dios mudar de conducta desde hoy y mostrar por la práctica de las virtudes cristianas la fé que profesamos.

María es la que puede hacer que nuestras súplicas sean bien despachadas: ella es la que puede alcanzarnos la gracia y el perdon; por sus benditas manos han de venir sobre nosotros los raudales de las divinas misericordias. Postrémonos, pues, á sus reales plantas, y con los acentos del mas verdadero arrepentimiento, y con los sentimientos de la mas cordial devocion, supliquemosla se digne interceder por nosotros con su santísimo Hijo, á fin de que concediéndonos su divina gracia y aumentándose con ella nuestra fé, seamos dignos de la recompensa celestial.

Dulcísima y fidelísima María, Madre de nuestro Dios y Madre tambien nuestra, lleguen á tus oidos los clamores de este devoto auditorio, que por tu mediacion espera el perdon de sus culpas y los auxilios celestiales. Alcánzanos la gracia de una verdadera fé con la cual justificados caminemos sin tropiezo por la senda que ha de conducirnos al cielo, donde en tu compañía tengamos la dicha de alabar y bendecir á nuestro Dios por una eternidad. *Amen.*